

de coronel... Bien; conque tiene uno amigos héroes y no lo sabe hasta que ellos no pueden tener oculto su heroísmo por más tiempo... Pero á lo que te truje: desde que Ortega llegó preguntaba por usted y ya había mandado catear medio pueblo para hallarle... Preséntesele en seguida.

Me dí á buscar al jefe, que estaba ocupadísimo instalando á los diplomáticos y sus truchimanes; pero, luego que me vió, me dijo entregándome un pliego:

— Se marcha usted á México en este mismo instante... lleva esta intimación para Macabeo á fin de procurar que se rinda sin necesidad de sujetar á la capital á los rigores de un asedio, bien que cuenta Miramón con tan pocos recursos, que nada razonable podría intentar...

Oí el recado, pedí el permiso para salir y monté á caballo con las más tremendas agujetas que tuve en mi vida.



## CAPÍTULO XVII

### Finis coronat opus

**E**L veintitrés á buena hora llegué á la ciudad de los palacios, que me figuraba convertida en una fortaleza de la Edad Media, artillada desde los cimientos hasta los torreones y recibiendo con saludos de plomo líquido al osado que se atreviera á pasar muchas varas á la redonda de ella.

Cuando aguardaba que salieran á reconocerme patrullas y pelotones y que me introdujeran mediante el ceremonial que me había descrito el buen don León, ví que se curaban tanto de mi presencia los guardas de puertas, únicos que pudieron notar que llegaba mi interesante persona, como del arribo del Moro Muza.

Cuando empecé á tomar lenguas acerca del cariz que presentaban los públicos negocios, supe que Miramón



había salido ó estaba próximo á salir, que dejaba la carga á quien quisiera recogerla y que se marchaba Dios sabía dónde, pero siempre asegurando que iba á acabar con la «horrenda demagogia», la «infame traición» y la «chusma vil», que «quedarían deshechas á pesar de sus cacareados y efímeros triunfos»...

A eso de las seis de la tarde regresaron los señores que habían salido á pedir que no se engulleran á México, como si fuera un trozo de jamón, los ogros con un ojo en la frente y cien mil garras en las patas y en las manos, que mandaban González Ortega y compañeros...

Pero ¿qué iba á hacer con el pliego que llevaba? ¡Mala peste! Si Miramón hubiera estado en su palacio rodeado de sus guardias, lleno de gloria y majestad y con medios de cortarme el cuello de un tajo, me habría metido á entregarle la tal intimación; pero hallándose oculto, quizás fugitivo, quizás perseguido de cerca por nuestras tropas, ¿cómo iba á salir con mi embajada á riesgo de que me dijera que ya era después ó que ni siquiera se enterara del papel?

Pensaba en que no había situación más desesperada que la mía y que nadie como yo había sondeado un conflicto tan ridículo ó tan grave, cuando noté que me miraba fijamente un sujeto alto, desgarbado, paliducho, con ojos chiquitines, anteojos con vidrios gordos como suela de zapato y melena lacia y alborotada. El sujeto aquel,

según me lo aseguró después, tuvo tiempo de pasar tres ó cuatro veces frente á mí sin que en mi embobamiento sintiera que me espiaban. Al fin se resolvió, puso la mano en mi hombro y me dijo jovialmente:

— Roto y barbudo os hallo; pero os reconozco por ese vuestro aire infantil, que os acompañará hasta la tumba.

Vacilé un rato; pero me orientaron lo desgarbado de la persona, la ropa que quería escaparse del cuerpo flacuchito, la sonrisita picaresca y el dejo estudiantil de la voz.

— Lencho de mi alma, *Genio* bendito, mi buen genio, grité estrechando entre mis brazos á Florencio del Castillo.

— ¿Cómo he de llamaros? General; de seguro sois ya general ó andáis cerca, mientras yo no paso de gacetillero, tan gacetillero como me dejasteis... Eso sí, mi ramalazo de persecuciones no me lo perdonaron: estuve preso en un cuartel y luego desterrado como un caballero en el Molino Blanco... Pero eso no es de este lugar; referidme esa gran batalla que acabáis de ganar, que ardo en deseos de saber cómo corren las liebres conservadoras...

Le conté cuanto quiso, que no fué poco, y luego concluí preguntándole qué había de hacer con mi intimación.

— Pues no encuentro sino uno de dos destinos para tu intimación, dijo humillando el estilo: ó la rompes en pedacitos muy menudos ó la guardas en el bolsillo como



recuerdo que puedes legar á tus hijos, cuando los tengas, de que anduviste en este conflicto con ese importantísimo papel.

— ¿Y se puede saber por qué?

— No hay más que una razón, que no sé si te parecerá decisiva, y es que Miramón anda ahora á salto de mata sin saberse qué será de él. Su magnífico caballo reventó aquí cerca, en la hacienda de Ahuehuetes: piensa la carrera que debe haber llevado. En cuanto á él (el Macabeo, nó el caballo), reunió cosa de dos mil hombres, que era lo que formaba la guarnición de esta plaza, salió con ellos, diz que con dirección á Toluca, les acompañó hasta la ciudadela, allí se tapó las narices y regresó á México probablemente á esconderse en algún agujero tan oculto como aquel tabique de la casa de los marqueses de Salinas ó aquella cueva de la hacienda de Tepeyahualco.

— ¿Y la tropa?

— Por ahí va caminando segura de que la llevan á algún Ahualulco ó cosa parecida.

— ¿Pero quién manda?

— Por ahora Berriozábal y Degollado tienen el gobierno de la ciudad.

— ¡Loado sea Dios! ya era tiempo de que esto se acabara...

— No hay que echar tantas bendiciones, que todavía falta la cola por desollar. ¿Crees que vayan á darse

por vencidos estos bellacos que «ni aprenden ni olvidan»?

— ¿Y de literatura qué me cuentas?

— ¡Literatura! ¿Quién se acordaba de versos cuando sonaban tantísimos cañonazos? Nuestro conciliábulo quedó completamente destruído desde que hace tres años nos dió el golpe de Estado el bueno de tu patrono Comonfort.

— Mío y tuyo: que al fin tú y los tuyos *le calentaron el bocadito* para que lanzara á la porra á la santísima Constitución.

— Siempre has tenido esa creencia; pero yo te probaré...

— No tienes que probarme nada; todavía no resucita de entre los muertos *El Monitor*, para que ya nos metamos á hacer calendarios.

— ¡Pobre Juan Díaz! murmuró el Genio.

— Ya te veía venir; no había otro nombre en mi boca desde que te reconocí... Mataron con él una gran esperanza.

— Grande sin duda; pero aun nos quedan muchos. Ahí tienes á un indito suriano de fisonomía dantonesca, de palabra arrebatada, facilísima y colorida, de instrucción enorme en cosas literarias, de retentiva asombrosa, de gran ingenio y de carácter férreo.

— ¿Y quién es ese fénix?

— Se llama Ignacio Altamirano y á la hora de esta debe de andar quizás por el sur en compañía de su pai-



sano Alvarez, quizás por el norte con algún tagarno.

— Y como él tienes á otro chiquillo, gran poeta, llamado Flores; á Chavero, una esperanza en flor: acaba de recibirse abogado ó se recibirá en estos días; á...

— Sí, ya sé, al güerito Bocanegra, tu gran amigo... Muchas gracias; que te aproveche.

— Esa inquina que has tenido siempre contra el pobrecillo... No creas, Bocanegra no está bueno.

— Buen *joyo* haga...

— Me figuro que también á mi *Heberto* le querrás mal.

— ¿A Gonzaga Ortiz? Le pongo sobre mi cabeza y le admiro por su gran ingenio.

— Temblando estaba de que no alcanzara gracia ante tus ojos.

— ¡Genio, por Dios!

Asomó en esto por la calle de la Palma la figura romántica de Benito Gómez Farías. Y digo bien que asomó, porque sacó la cabeza de un simón para ordenar algo al cochero.

— ¡Benito, Benito! gritó el Genio.

— Lencho de mis entretelas...

— Luego que ví salir de

Esa que veis rodar máquina lenta  
Por perezosos brutos arrastrada,

tu simpática y no menos arrastrada personita, sentí inmenso alivio... Salvo que seas sombra de tu sombra, me convenzo de que no te han fusilado por orden del vencedor de cien batallas.

— A punto estuve, mejor dicho, á punto estuvimos. Govantes, don Santos y yo vinimos conducidos bajo la responsabilidad de Ayestarán... Márquez había querido escabecharnos; pero el Macabeo, que no es tan bruto como el Leopardo, nos salvó la vida ó poco menos. Pero estoy gastando un tiempo precioso en charloteos; voy á la Acordada á libertar á un preso y me están estorbando.

— ¿Qué preso, mi caro Benito?

— Pancho Zarco, el escritor, el periodista, nuestro agente en México.

— Vamos contigo, te acompañamos... ¿Vamos, La Llana?

— ¡Cómo no! iba á solicitarlo.

— ¡Pues arriba, jóvenes!

Y el simón echó á andar por las calles llenas de estorbos y dispuestas para la defensa.

Llegamos á la Acordada. Salió á recibirnos un bicho repugnante, término medio entre proxeneta y empeñero. Llevaba pantalón raído, chaqueta con los codos rotos, sombrero de fieltro y botines de becerro agujereados por todas partes.

— Ya esperaba á los señores, dijo limpiándose con el





pañuelo de yerbas el rostro moreno y grasiento, constelado aquí y allá con matojos de una barba de quince días de fecha. Ya sé; vienen los señores á buscar á los señores presos políticos... Sírvanse aguardar, que aquí les mandaré á las personas que deban quedar libres... Aquí está esta sillita, señor... Un momento nada más y viene su preso... ¡Ah! ¿conque es el señor Zarco la persona á quien aguardan? ¡Cuánto me alegro de que quede libre el señor Zarco!... Le llamo en seguida y se va en su compañía; aunque, bien visto, me va á hacer mucha falta... «Avilés, me dice, cuando salga de aquí voy á disponer que te corten las orejas»... Es graciosísimo; pero á veces se ponía insufrible; ya se ve, como uno... naturalmente... tiene necesidad; en fin, el que sirve... ya los señores me comprenden... Yo, con dolor de mi corazón... vamos, con pena, impedía á veces que la familia del señor Zarco... y sus amigos... en fin, todo el mundo viniera

á hablarle... Ya los señores saben; el que manda, manda, y cartucheras al cañón... En este momento toman nota de la orden en los libros de la alcaidía y pueden los señores aguardar á su preso...

— ¡Cordones! ¿qué hemos de aguardar? Ya hemos aguardado bastante, gritó Farías...; vamos á sacar al preso de la mazmorra; venga la llave.

— Es arriba, señor, en el piso alto; yo mismo les conduciré.

— ¡Pues andando, rufián! dijo Florencio con ademán de rey de tragedia.

Salimos del infecto sotabanco en que habíamos estado, entramos al patio lleno de pelados piojosos, de caras foscas, de rumor de llaves y de golpes de garrote: un antro digno de la pluma del gran Lizardi.

— Pasen los señores, pasen, y no crean que pueda sucederles nada; son buenas gentes y están ya enseñadas.

Después de una escalera en vías de destrucción y de un barandal herrumbroso, seguían varios cuartos numerados. Se paró ante uno el negrero aquel, y dijo:

— Aquí, señores; este es el cuarto del señor Zarco...

Chirrió la llave en la cerradura, salió una bocanada de gases fétidos, mezcla de aire confinado, de albañal y de suciedad humana. Distinguimos en el interior algo que se removía, y de un petate desbarbado vimos levantarse á un espectro amarillento, giboso, extenuado, con la





barba crecida y el aire de sufrimiento resignado: era Zarco.

— Pancho, gritó Benito metiéndose al cuartucho infecto.

— ¿Quién es? ¿qué me quieren? preguntó el pobre preso sin saber con quién hablaba.

— Somos nosotros, tus amigos, tus correligionarios; ya se acabaron tus penas...

— ¿De modo que ya estoy libre?

— Sí, Segismundo, dijo Castillo en tono declamatorio.

— Sí, Pancho, exclamé abrazando al pobre periodista.

— No me abrasces, La Llana; tampoco tú, Benito; estoy desgranándome de piojos, comido de suciedad, con más costras que el globo terráqueo. Llévenme á donde

pueda lavarme, cortarme la barba, ponerme ropa limpia...

— Todo se hará, Pancho, todo se hará, gritamos nosotros enternecidos é indignados, y zarandeando y levantando en vilo á nuestro amigo á pesar de sus protestas.

— Me descuadernas, La Llana; amigo mío, advierte que estoy reumático, hecho pedazos, con las articulaciones llagadas é incapacitado de movimientos... ¡«Ay, mísero de mí, ay, infelice»! — y se puso á toser con tanta priesa que no parecía sino que el débil cuerpecillo iba á quedar hecho trizas... Luego recobró el humor y comenzó á bromear como siempre. Nosotros no podíamos verle sin sentirnos llenos de compasión.

— ¡Pobre Pancho! dijo Farías, ¿has sufrido mucho?

— Sufrir, lo que es sufrir, creo que yo sólo sé lo que es, de entre las gentes de nuestro partido... Pelear de día y de noche, dormir á campo raso, ayunar con más frecuencia que manda la Iglesia, cosas malas son; pero que viva encerrado quien quiere la libertad para todos los humanos, que se consuma en el tedio y la ociosidad de una cárcel quien ama sobre todo el movimiento y la actividad, son cosas horribles... Aquí sabía las horas del día por la llegada de la *remesa diaria*, por los garrotazos de los *presidentes* y por los gritos de los *boqueteros*; conocía el humor de los criminales por la manera con que daban la *culebra*: sabía cómo corría el dinero por la abundancia de las limosnas á la Virgen de los Dolores... Malo es estar



entre estos desgraciados, en el *calabozo de semana*, aspirando olores, oyendo palabras y presenciando espectáculos horribles; pero allá siquiera se comunica con alguien, se puede cambiar el atole por pambazos, y sobre todo, se puede lavar en la fuente estos frijoles talludos y con sabor á caldero de cobre... Pero de lo que no cabe duda es de que yo alcanzaba las preferencias del personal administrativo de esta casa... Veces había que cuando iba á recogerme después de verter en el suelo el atole de mi comida para evitar la aproximación de las chinches y los piojos, sentía á la puerta un ruido ensordecedor: era una banda de cornetas y tambores que no cesaba de ensayar hasta que la luz aparecía... Otras veces, tan pronto como se sabía que había ganado en cualquier encuentro el bando liberal, yo tenía que sufrir una derrota en toda la línea: la batalla de Silao trajo como consecuencia que yo cargara con buena parte de los desechos de la prisión; Peñuelas, que me aplicaran á abrir una zanja para limpiar los albañales; la toma de Guadalajara, que se me disminuyeran los alimentos; y como la acción es conforme á la reacción, esta última victoria que no sé cómo ni contra quién ha sido, iba á acarrearne la muerte. Ayer entró á mi celda el simpático Avilés, mi carcelero, y ordenó me pusieran en capilla. «Gordo debe haber sido el porrazo — pensé para mi camisa rota; — pero no hay que dolerme de lo que me pasa, si al fin se quitan de

encima estos sacristanejos»... Resuelto estaba á hacer mis cuentas con Dios, cuando me sacaron de la capilla y me trajeron de nuevo á mi calabozo; y ahora, aquí me tienen ustedes, salvo... aunque no sano.

— ¡Pobre Pancho! dijimos los tres á un tiempo. ¿Y qué médico te atendía en tus enfermedades?

— ¡Médico! Dios lo diera. Jamás quisieron llamar al más desdichado curandero, porque dijeron que *me hacía*, que todo mi mal era *maña*... Sopla viento frío, añadió el preso, y yo no estoy para que la gente me vea en estas trazas... Préstame tu capa, Benito, ó más bien regálame, pues no podría devolvértela después de haber estado en contacto conmigo; estaría perdida de todos los bichos que, según Don Quijote, mueren sin falta al pasar la línea.

Ya salíamos á la calle, cuando el oficioso alcaide nos interrumpió el paso.

— Señor, imploró dirigiéndose á Zarco, yo, usted sabe; es decir, usted comprende... le he vigilado un poco á causa de que así me lo disponían... y como uno tiene familia... y como el hambre es un fuego... le ruego que no me olvide...

— El mayor bien que puedo hacerle, créamelo, es olvidarle, contestó Zarco con displicencia.

Y se envolvió en la pañosa para meterse en el simón que aguardaba á la puerta de la cárcel.